

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

MONUMENTOS DE PARIS.

ARCO TRIUNFAL DE LA ESTRELLA.

Este monumento, acaso el mas colosal que se ha emprendido de este género, está situado en la estrechidad occidental de los Campos Eliseos, fuera de la barrera de Neuilly, y en el centro de la vasta plaza circular llamada la *Estrella*.

La primera piedra de este monumento fué colocada el 15 de agosto de 1806, día de la fiesta del emperador Napoleon. Los cimientos de este grande edificio retardaron mucho tiempo la elevacion, que en lo sucesivo fué interrumpida en muchas ocasiones por los acontecimientos políticos. El terreno no ofrecia solidez, y se vieron obligados despues de haber abierto veinte y cuatro pies de profundidad, á formar un suelo ficticio que pudiera soportar sin peligro el enorme peso de esta construcción. Este suelo ficticio se compuso de muchas hiladas de piedras talladas de grandes dimensiones; cada una de estas hiladas estaba dispuesta de manera, que la union de las piedras de la una no correspondian con las de las hiladas que aparecian inferiores ó sobrepuestas. Las piedras estaban talladas de forma, que los ángulos salientes de las unas, eran recibidos en los ángulos entrantes de las otras. Este suelo, situado en un sentido horizontal, ofrecia la imagen de las construcciones antiguas y verticales, llamadas *pelagianas* ó *ciclopéneas*.

Puede juzgarse por este trabajo inmenso, cuales fueron las infinitas dificultades que hubo que vencer.

Apenas se habia elevado el monumento de la base del suelo, cuando el 1.º de abril de 1810, Maria Luisa, hija del emperador de Austria, cuyo enlace con Napoleon se habia llevado á efecto el 7 de febrero del mismo año, hizo su entrada solemne en Paris. Para recibir dignamente á esta princesa y darle una alta idea de la capital del imperio francés, se hizo que partiese su séquito desde el palacio de San Cloud; despues de haber atravesado las magnificas avenidas del bosque de Boulogne tomó el camino de Neuilly y el de los Campos Eliseos. El arco triunfal apareció entonces, con sus pintados lienzos con todo el esplendor y la magnificencia que debia tener cuando estuviere remontado.

Los acontecimientos de 1814 interrumpieron los

trabajos de esta construcción; se echaron á bajo sus andamios y sus maderos sirvieron de leña.

Una real orden del mes de noviembre de 1823 dispuso que se volviese á emprender esta obra importante, que la restauracion quiso consagrar á la memoria de España; pero desde esta época se prosiguieron sus trabajos con tanta lentitud que vino á hacerse casi proverbial, y la revolucion de julio halló que este monumento apenas habia llegado á la tercera parte de su elevacion.

Se trabaja con actividad en los bajos relieves en mármol que deben cubrir la decoracion de este arco triunfal, y que recordarán los altos hechos del grande ejército.

Creemos que en otra ocasion podremos presentar á nuestros lectores el dibujo de los bajo relieves mas notables; hoy les damos la vista general del arco triunfal segun el plan exacto que nos han trasmitido.

Y vamos á terminar el presente artículo con una mera indicacion de las esculturas que lo adornan.

En la cara frontoniza á Paris: se ven diversos grupos que representan la *partida y el triunfo*. En el arco hay dos *famas*, un bajo relieve que representa la *batalla de Aboukir*, y los funerales de *Marceau*.

En el lado del *Roule*, se ven varias figuras alegóricas en el timpano del pequeño cerco, y un bajo relieve que representa la batalla de *Austerlitz*.

El lado de Neuilly está adornado con diferentes grupos que representan la *Resistencia* y la *Paz*, otras dos *famas* en los timpanos; bajos relieves que representan la *toma de Alejandria* y el *Paso del puente de Arcola*.

Lado de Passy: bajo relieve que representa la *batalla de Jemmapes*.

En los pequeños arcos se ven varios bajos relieves alegóricos.

El arquitecto encargado de la continuacion de la obra desde 1830, hizo grabar en grandes letras bajo la bóveda del arco mayor y en ambos costados los nombres de las 96 victorias ganadas por las armas francesas desde el principio de la revolucion hasta el final del imperio.

Mrs. Debay padre, Espercieux, Bocio y Valcker, han ejecutado los bajos relieves alegóricos que existen debajo de las bóvedas de los dos arcos mas pequeños.

En cuanto á los nombres de las ciudades tomadas, de las victorias obtenidas, que aparecen grabados sobre las cuatro fachadas del monumento, seria necesario lo menos un dia solamente, para contarlos, y un tomo bastante voluminoso para reproducirlos.

Se habian olvidado poner allí el nombre del general Hugo, el digno padre del inmortal poeta francés; esto lo recordó al gobierno por medio de estas sencillas palabras impresas á la cabeza de una de sus obras maestras:

A mi padre, el general Hugo,
no inscrito en el arco triunfal de la Estrella.



Arco de la Estrella.

Se han seguido casi exactamente los dibujos que hizo en un principio Mr. Chalgrin. La altura del edificio es de ciento treinta y tres pies y su latitud es de ciento treinta y ocho. La arcada del centro está colocada sobre el eje del camino de los Campos Eliseos en Neuilly. Dos arcadas laterales se abren sobre el boulevard del Roule y sobre el de Passy, y forman una abertura que atraviesa sus ángulos rectos la de la arcada principal.

REVISTA DE MADRID.

El año de 1851 ha presentado durante el primer mes de su existencia un aspecto fiero, sombrío, aterrador. Este mes y el que le había precedido terminando á 1850, dejarán eterna fama de sus memorables y mortíferas hazañas. Entre los dos han sepultado en los abismos de la eternidad medio siglo, y con el medio siglo quisieron sin duda enterrar una buena parte de la generación que en él vivía. Nada ha encontrado privilegio ni respeto en este sistema de destrucción: la juventud lozana y la ancianidad respetable; la belleza en su primer albor y el sazonado fruto de la edad madura; la clase aristocrática y la de oscuro y humilde nacimiento; los sanos y los achacosos; los robustos y los enfermos; todos, sin distinción alguna, han sido presa de la destructora gadaña de la muerte.

Perdónennos nuestros lectores este lamentable y funerario introito, tan poco á propósito para dar principio á una revista. Porque algo merecen las innumerables víctimas de los frios del invierno y de los sistemas médicos, siquiera sea una conmemoración en masa, en que tan pequeña parte le cabe á cada uno de los fallecidos. Algo debemos, sobre todo, á la verdad histórica, y no es culpa nuestra que sea tan lamentable la historia de los dos últimos meses que han pasado.

Por otra parte, Madrid no nos ha ofrecido en este tiempo grandes indemnizaciones de tan dolorosas pérdidas. Al cabo, otros años unos bailaban mientras otros morían; para unos se abrían los salones, mientras para otros se abría el cementerio. Ahora no sucede nada de eso. Ya no se baila. Esta es otra funesta calamidad que actualmente nos aflige. ¿Si habrán enterrado también al baile con el medio siglo que pasó? En este caso lo peor de todo es que haya muerto en manos del demonio, pues que sus últimos instantes fueron consagrados al *Diablo Cojuelo*.

¿Cómo varían las costumbres con los tiempos! Hace dos años que el furor coreográfico se desarrolló en los salones de una manera prodigiosa. Por variar se bailaba todas las noches: siete noches de la semana, siete bailes. Esto sucedía en el invierno. Cuando comenzaba el buen tiempo, como las noches eran cortas, se bailaba de día. Luego se trasladaba la corte á Aranjuez, y allí se empleaban los días danzando alegremente desde el amanecer hasta la caída de la tarde. Poco después se pasó el verano en la Granja, y se pasó bailando. Fuera de los salones, cuatro bailarinas eran el objeto de todas las conversaciones en todos los círculos de Madrid. La Fuoco y la Guy, la Nena y la Vargas, reemplazaban en el culto y adoración de los madrileños al dios de la locura de los antiguos. A fin de rendirlas culto, se inventaron coronas de laurel para los pies. Entonces, obtener la amistad ó los favores de estas artistas, era poseer una joya de un precio inestimable: entronizar á la una sobre la otra era un asunto de partido: ni mas ni menos que derribar una situación ó echar abajo un ministerio.

Hoy día, el baile y la afición al baile se ha desterrado por completo de nuestra sociedad. Todo el invierno han permanecido cerrados esos brillantes salones que hace dos años favoreció tanto la moda. Del entusiasmo por las representaciones coreográficas nada se diga, pues marca *cero* grados el termómetro del entusiasmo público. La Guy ha abandonado el ingrato suelo de Madrid. La Fuoco ha descendido desde *ahijada de las hadas*, con todo su mágico poder, á *reina de las mariposas*, título, que sea dicho de paso, le pudieran disputar mas de cuatro abonadas al teatro Real. La Nena ha salido á bailar en el teatro Español y nadie ha reparado en semejante cosa. La Vargas, en fin, la memorable Josefa Vargas, ha abandonado las tablas del Instituto, y dicen... ¿nos atreveremos á repetir lo que hemos oído?... Dicen que piensa encerrarse en un convento. Allí va esa noticia tal como nos la han dado; y á fé que si no fuere cierta, no tiene porque resentirse de ella la graciosa bailarina.

Hoy sin embargo, ya que no se baila, la atención pública se ha convertido en Madrid hacia los teatros, que aunque no ofrecen muchas cosas notables, ni una abundante colección de buenos espectáculos; como son tantos y tan opuestos en gustos y caracteres, ofrecen pasto suficiente á ese incesante deseo de variar, que es el que mas acosa á la generalidad de los vivientes.

Cuando hemos dicho que en Madrid no se baila este invierno, nos referimos á las sociedades de buen tono y á los salones aristocráticos. Por lo demás, hay un diluvio de salones semi-públicos, bautizados con una porción de nombres que todo el mundo conoce, donde hacen furor la *polka*, la *scotish*, y algun otro baile francés de que las caricaturas nos ofrecen ejemplos muy frecuentes: donde no solo se baila, sino que se baila con *fruto y aprovechamiento*, si hemos de juzgar por las innumerables anécdotas que nos han contado, y que comenzando por una *polka*, continuando por una *declaración* y siguiendo por una *cita*, han ido á concluir de muy diferentes modos y maneras, ofreciendo ya soluciones graciosísimas como las de algunos sainetes de don Ramon de la Cruz, ya tristes desenlaces, que recuerdan las dolorosas escenas de Ariadna abandonada.

Forzoso es confesarlo. La *polka* es una de esas invenciones admirables que hacen honor al ingenio de los bailarines. Ella establece esa deliciosa armonía que une estrechamente los dos sexos: y agregados

ahora los cuatro saltitos de la *scotish*, es indudable que toca á lo sublime del arte. de ese arte encantador que establece otra comunicación no menos apreciable entre el hombre y el animal: porque del hombre al bistrion, del bistrion al orangutan, y del orangutan al mono, hay una cadena perfectamente eslabonada, que confunde y amalgama al irracional con el que está dotado de razón.

Ya que hemos consagrado dos palabras á la *polka*, acabaremos de probar la inmensa popularidad de este baile con un hecho recientemente ocurrido en Gibraltar. Residia en aquella ciudad un titiritero, que después de manejar un par de meses sus títeres, y apestar con ellos al público, tuvo el sentimiento de ver desiertas diariamente todas las localidades de su coliseo. En tal aprieto, miró en derredor suyo, caviló y discurrió por dos ó tres días, al cabo de los cuales, fijaba al público el cartel de una función, que terminaba del modo siguiente: *Se bailará la polka por dos parejas de pavos*. Las esperanzas del titiritero se realizaron por completo. Al ver escrito el mágico nombre de la *polka* el público acudió en tropel al circo; y allí presencié el espectáculo siguiente. Bajo una gran tabla circular de hoja de lata, clavada como una vara sobre el suelo y rodeada por una pequeña valla de madera, que formaba un circo, se había puesto una magnífica lumbre que le daba un grado de calor insoportable. Colocados encima de ella los cuatro pavos, enlazados con disimulo de dos en dos, al abrasarse las patas en la ardiente hoja de lata, saltaban y brincaban los pobres animales, dando vueltas en medio de su afán por librarse del fuego que los quemaba. Los concurrentes, sin embargo, como ignoraban al pronto este artificio, salieron edificadas de ver la popularidad de un baile, que, según lo demostraba aquel hecho, podían bailar hasta los pavos con facilidad sorprendente.

Si el consabido titiritero viniese á Madrid, en vez de anunciar la *polka* bailada por sus cuatro pavos, podría anunciar la *scotish*, que todavía se presta mas á ser imitada por los propagadores de las viruelas. Entonces recibiría este precioso baile el golpe de gracia que con tanta habilidad ha dado el bolero Ruiz á la *polka* en el teatro de Variedades.

Es verdad que tiempo há vimos bailar la *polka* en el circo de Paul á la yegua de Mr. Tourniaire, y no por eso dejaron de cultivarla con la misma afición los *liones* y las *lionas* de Madrid. Esto visto, sucede con los males de los pies lo que con algunos males de la cabeza. No tienen cura.

A.

CRÍTICA DE LOS CRÍTICOS.

REMITIDO.

Sobre el folletín publicado en la PATRIA, del domingo 9 del presente mes, con motivo de la representación en el teatro del Circo, de la comedia de don Pedro Calderon, titulada: CASA CON DOS PUERTAS, á beneficio de las casas de caridad.

Pero ven acá y dime, ¡oh, tú mal aconsejado coronista de la función de caridad! para celebrar el indisputable mérito artístico de Matilde Diez y de Julian Romea, ¿qué necesidad tienes de tronar contra la célebre lápida del antiguo coliseo del Príncipe, hoy teatro Español, y los apogemas reglamentarios, como tú los llamas, de la legislación de teatros promulgada por el ministerio Narvaez-Sartorius? ¿A qué viene, á qué conduce, ni qué precisión hay de calumniar inocentemente al inmortal Calderon, ni á sabiendas, á la junta gubernativa del primer teatro nacional, como te demostraré mas adelante? ¿Para qué cosa buena podrá servir la especie de *trágala* que diriges al primer conde de San Luis, ahora que está lejos del mando, sin considerar que ha sido el primer mistro que ha hecho algo en pro de la independencia de nuestra literatura dramática, donde tantos ha habido que no se han acordado de ella, y eso que á ella principalmente han debido muchos el haber penetrado antes de tiempo en las regiones del poder? Para nada absolutamente. Matilde Diez y Julian Romea, se bastan á sí propios: su valor artístico no puede ser jamás objeto de controversias, y si necesitasen panegiristas, deberían emplearse en tan gloriosa tarea, peñolas mejor tajadas que la mía, y la tuya, por supuesto. Y apostuo á que has torcido el indigesto gesto al ver la firma que pongo en esto, que es ni mas ni menos que un artículo á que el tuyo me da ocasion, que no pretesto. Si; porque se me ha figurado que debes conocer á Jévara muy de cerca, y al escribir tu mal calculado folletín, has olvidado que todavía anda por el mundo este mozo maleante dispuesto siempre á defender en todos los tonos que le hablen, los santos fueros de la verdad. Jévara, estaba callado, y pensaba permanecer así en tanto que no le provocasen; pero siendo en tu artículo, parcial ó colectivamente, objeto de zumbas insulsas, de ataques mas ó menos embozados, Jévara pide y usa de la palabra *nada más*, por hoy, que para rectificar las falsedades, (y este es el sustantivo propio) que aquel contiene; porque es muy triste contemplar pasivo que se abuse de la buena fé del público, y se aspire á embaucarle con la música de los *farceurs*, vulgo charlatanes.—Y perdona que te hable de tú: he llegado á sospechar que este es el tratamiento que media entre los dos hace muchos años, y yo soy hombre muy apegado á mis costumbres; si así no fuese, susti-

túyelo con el que mas te cuadre, que yo lo daré por bueno, y vamos á la demostración de lo que he ofrecido al principio de este mal perjeñado artículo, y á lo demás que dará lugar esta interesantísima cuestión.

Dices que «el buen viejo Calderon jamás se llamó á sí mismo literato, ni perteneció á ningún comité, ni á ninguna junta de sabios empresarios de teatros modelos, ni fué censor, ni periodista, ni diputado polaco, ni académico de la lengua, ni nada mas que el austero, grande don Pedro Calderon de la Barca.»—Y mas adelante añades que «sabes de memoria la comedia de Calderon últimamente representada.»—Pero, amado folletínista, esto no es bastante: si supieras algo mas, sentarías ex-cátedra proposiciones tan fáciles de destruir. Hombre, lee *El Privilegio de las mugeres*, y *Dicha y desdicha del nombre*, y verás en los últimos versos, que Calderon se llama á sí mismo ingenio: en *Peor está que estaba*, y en *La Dama Duende*, se llama autor: en *No hay burlas con el amor* y en *El mayor encanto amor*, se llama poeta, y así sucesivamente en otras ciento que no recuerdo ahora, porque mi memoria no tiene la retentiva que la tuya; cuyos epítetos son un equivalente del de *literato*, voz muy usual en nuestros días, y creo que no conocida en los del ilustre vate.—Lee el prólogo á la obra titulada *Obelisco fúnebre, pirámide funesto á la inmortal memoria de don P. C. de la Barca*, impreso en Madrid en 1684, y te pasmarás al ver, que según los datos de don Gaspar Agustín de Lara, Calderon fué el orgullo de todas las academias de su tiempo, el héroe de los certámenes.

Busca por ahí, la primera parte de comedias escogidas de las mejores de España, impresas en Madrid, en 1632, por Domingo Garcia y Morras, y te harás cruces al encontrar entre las notas de censura, que la primera aprobación es de don Pedro Calderon de la Barca, dada en Madrid á 48 de mayo de 1652.

Si aun no te satisface esta cita, allá va otra, porque hoy, cosa rara, estoy para ello; procura haber á las manos la *Parte veinte y cuatro de comedias diferentes de varios autores*, y te quedarás aturdido al ver la segunda aprobación dada por don Pedro Calderon de la Barca en 11 de mayo de 1665.

No fué periodista, por que no alcanzó estos dichosos tiempos de coronistas á la violeta: entonces la gaceta era la única publicación periódica que existía, en la que, si mal no recordamos, (la del 9 de noviembre de 1677) se le apellidó *Fénix de los ingenios*, y *lucero mayor de la poesia española*, con motivo de su comedia belicosa y moral, titulada: *El Segundo Scipion*.

No fué empresario de teatros, por que la especulación mercantil se avendría mal con el noble desinterés de que dió tantas pruebas en su mocedad, y por que después fué una cosa altamente incompatible con la dignidad de su doble carácter como caballero del hábito de Santiago y capellan de honor de SS. MM.; pero conocida es de todos los que saben algo de lo que pasó en el siglo de oro de nuestra literatura dramática, la activa intervención que tuvo en la dirección de los teatros del Palacio Real, y en los de la plaza del Buen Retiro, creados por el conde duque de Olivares, y mas adelante aumentados por el marqués de Heliche.

No fué individuo de la Academia de la Lengua, por la sencilla razon de que se le ocurrió morir seis lustros antes de que la fundara Felipe V.

Y por último, si no fué diputado polaco, tampoco hoy lo sería por temor de que votaras con él al radiar de nuevo el sol de la Polonia.

Con que resulta, que Calderon fué todo lo que pudo y debió ser en sus días: que se llamó á sí mismo autor, ingenio, y poeta: que fué académico de todas las academias, y censor, y director de teatros, todo lo cual prueba que al escribir para el público, no debió hacerse á tontas y á locas, fiado solo en saber de memoria una de las comedias del grande hombre, como aseguras que sucede á ti... que tambien me permitirás lo ponga en duda, y te doy cuatro dias de término para que la repases.

De acuerdo ya en que no sabes de Calderon mas que una de sus comedias de memoria, aparte de las dudas que yo pueda tener sobre este último punto; y demostrado que no has sabido lo que te has dicho á tomar en boca su nombre inmortal, voy á contestar ahora á una quisicosa parecida á un chiste buero, que en el mismo párrafo te permites, y que, de seguro, has creído arrojar con él en los abismos del mas espantoso ridículo, á la respetable junta gubernativa del teatro Español. ¡Oh mi buen escritor del sótano de la difunta Patria! Aquí te va á suceder lo que á los sicarios que asatearon á San Sebastian.

Calderon no perteneció á ninguna junta de sabios empresarios de teatros modelos: Este es tu chiste. Vamos por partes.

Primera parte del chiste.—Junta de sabios. Conoce la significación que tiene esta frase en el *corro magno*, y aunque indigno, te doy gracias por la parte que me toca como *sabio* número 17 que soy del consabido areópago. Pero á ninguno de los que lo componen, se le ha ocurrido tenerse por tal ni mucho menos, ni están dispuestos á tolerar las bufonadas, calumnias y manoseo de que impunemente fué objeto la primera administración del teatro Español. Andate, pues, con tiento en esto de bromitas para con la segunda, y no nos des una pesadumbre; porque no es justo emplees tu biliosa ironía en una junta compuesta de hombres formales y pacíficos, que son precisamente los autores de *Guzman el Bueno*, *Carlos II*, *Muñete* y *verás, el Hombre de mundo*, obras que citas como una y otra vez aplaudidas, y donde ademas de los d

chos están los autores de *Los Amantes de Teruel*, *El Trovador*, *El Rey morongo*, *Simon Bocanegra*, *El Zapatero y el Rey*, *Don Francisco de Quevedo*, *Antonio de Leiva*, *Las Travesuras de Juana*, *Españoles sobre todo*, *El conde don Julian*, *Trabajar por cuenta propia*, *Es un Angel*, y *Un matrimonio a la moda*, obras que tambien han sido una y otra vez aplaudidas, y que no citas por... yo no sé por qué. Tengamos la fiesta en paz, y no te nos vengas ahora con bachillerías sabidurias, que por acá, si no sabios, sabe lo bastante cada uno para conocer por qué y por quién se tira la piedra, piedra que será devuelta siempre corregida y aumentada.

Segunda parte del chiste.—*Empresarios de teatros modelos*. Aquí es donde el chiste toma un color rabioso de calumnia. La junta gubernativa del teatro Español, no es *EMPRESARIA* ni ha querido serlo, por las mismas razones, sobre poco mas ó menos, que no lo fué Calderon. Es pura y esencialmente *ADMINISTRATIVA*, y lo es sin haberlo pretendido. No está á pérdidas ni á ganancias: no especula con los autores dramáticos, ni con los actores, ni con el público: se limita solamente á administrar, correspondiendo lo mejor que puede á la confianza que, sin la menor iniciativa por su parte, la dispensó el gobierno de S. M. Y esto lo sabe todo el que lo ha querido oír, y sino lo sabes tú, es decir, que has aludido á la junta con el propio caudal de conocimientos que has hablado de Calderon; y si lo sabes, has faltado á sabiendas á la verdad. Opta, pues, por el estremo que mas te plazca en esta disyuntiva,

Y vé aquí como no basta para hablar de teatros saber de memoria *Una casa con dos puertas*; porque lo que entra por la una, se sale por la otra.

Y vé aquí el peligro de jugar con armas de dos puntas.

Y vé aquí como los chistes importunos degeneran en sandeces.

«*Todo era viejo allí*, exclamas enchido de patético arrobamiento al hablar de ti, de la comedia, de Calderon y de los cómicos. ¡Desdichado folletínista! habrá que declararte fuera de la ley del sentido común, porque no dirian tanto como tú los mas apasionados enemigos de los cómicos, de Calderon y de la comedia. Viejo, es todo aquello que ha perdido su lozanía, que ya no está en sazón, que está usado, pasado, gastado... y ¡vive Dios! que aunque luego añades lo de viejo y bueno, esa es grilla, por que lo viejo, viejo es, y si para algo bueno sirve, será para dar consejos, para inspirar respeto, veneración... pero para representar damas y galanes de comedias, no es lo mas conveniente que digamos. Que conste, pues, que has sido el primero á quien se le ha ocurrido llamar viejos á Matilde y á la Yañez, á Julian y á Catalina, los que sin duda estarán muy reconocidos al intenso cumplimiento de su entusiasta panegirista. Pero esto ya sé yo lo que ha sido: te has visto con calva y con bigotes casi torcidos, como tú mismo nos lo revelas, y has dicho, puesto que yo soy viejo, llamemos vieja á la comedia y al autor, y á los cómicos, y á la orquesta, y al público, que mal de muchos consuelo de folletínistas zurdos, y entren todos y salga el que pueda, que de menos nos hizo Dios. ¡Pues alabo el amor propio! Esa función no ha debido entonces llamarse función para las casas de caridad, si no «concurso de la ancianidad, á beneficio de los inválidos.»

¿Y el lujo con que empleas la palabra *cómicos* siempre que aludes á Matilde y á Julian? ¿A qué viene eso? ¿No sabes que esa frase, aunque propia, está borrada del diccionario de las gentes de buen tono, y que se llama *actores* á la clase en general, y *artistas* á los que como Matilde y Julian han sabido distinguirse noblemente, identificándose con el pensamiento de las obras maestras del arte? ¿Pues y el aire de compungida conmiseración con que á cada paso exclamas ¡pobres cómicos!... ¡pobres cómicos! que no parece si no que estás á la puerta del jubileo pidiendo para las monjas capuchinas?—No lo entiendo.

Pero con lo que me dejastes aturdido, fué con la noticia que das de que «Matilde y Julian volvian del ostracismo.» Yo ignoraba todo esto, y me alarmé; pero me tranquilicé al leer mas adelante, que Matilde y Julian han sido desterrados del teatro del Principe; y como esto no es verdad, como tú sabes muy bien, (y créeme, porque estoy bien informado), dije para mí, tan cierto será lo uno como lo otro; está visto que este buen viejo es hombre de humor, y hay que poner en cuarentena cuanto sale de su boca.

Mira, hombre: lo que tú habrás querido decir al hablar de que volvieran del ostracismo, es que venian de comer ostras; y en cuanto á lo de *pobres cómicos desterrados* del teatro del Principe, sin duda cuando escribias pensabas en la salve y llegabas á aquello de «los desterrados, hijos de Eva»—y mentalmente has hecho un baturrillo de cómicos, y desterrados, y viejos, que el diablo que lo ponga en orden!

Matilde y Julian, y entiéndase esto bien, NO HAN SIDO DESTERRADOS DEL TEATRO ESPAÑOL. Es falso, falsísimo cuanto se diga en contrario por los hipócritas encizajadores que con capa de amigos de aquellos eminentes artistas, son los primeros que los perjudican provocando imprudentemente cuestiones en público, que debieron quedar sepultadas eternamente en el seno de la familia. Matilde y Julian no han sido desterrados del Teatro Español. ¡No! Hay, si, un decidido empeño por parte de los visionarios que les traen y llevan cuentos (algunos de los cuales, los visionarios, no los cuentan, están comiendo el pan del Teatro Español) en hacernos aparecer como víctimas de una administracion

tiránica... cuyo primer paso ha sido el de presentarles proposiciones de ajuste, proposiciones las mas ventajosas que permitia el presupuesto á que forzosamente habia que ceñirse, y proposiciones que no han sido mejoradas despues para ninguno. No fueron aceptadas, y la junta respetó los motivos que pudieron tener para ello. Si hay alguno que sepa algo en contrario de esto, que lo diga, que venga al palenque de la discusion, que hable y que hable muy alto, que yo le contestaré.

La junta de *sábios* del teatro Español, no solo no ha desterrado de él á Matilde y á Julian, si no que no ha querido asociarse con ninguna empresa de los teatros de número, para impedir que en el supernumerario de la Comedia, donde á la sazón trabajan tan distinguidos artistas, se representasen obras no pertenecientes á su repertorio. La junta de *sábios* del teatro Español, ha declarado que no opondrá el menor obstáculo á Matilde y á Julian para que ejerzan su profesion donde mejor les plazca; porque los *sábios* del Sanedrin, aceptan francamente, y la practican, la doctrina de

que en la esfera del arte
pueden brillar muchos soles.

Y tén esto por contestación á la reticencia con que anuncias en tu artículo, que por poco si los dejan representar en el teatro de Variedades.

En cuanto al traslado que das de las lamentaciones del viejo Guzman, que como buen viejo, es claro no podia menos de hallarse en la fiesta, cree que la junta no tuvo que conquistarle ni emplear el cohecho para que dejara de trabajar con ellos entonces; ni ahora pone un puñal al pecho de ninguno de sus artistas para que continúe trabajando á bordo del Español como los forzados de Dragut, ni de.... Pero yo me he empeñado en dar crédito á todo lo que dices, y apuesto tres peluquines contra las greñas que te quedan, á que tan cierto es esto de las lamentaciones como aquello otro del ostracismo.

Y adios por hoy, que me canso de rectificar: lo que dejo sin contestación, que te lo conteste tu conciencia; y si la rectificación te parece mas larga que el artículo que la motiva, culpa á tu engendro, en el que has embutido mas inexactitudes que palabras.

JÉVORA.

FERRO-CARRILES.

El interés que ha escitado en el público la inauguración del camino de hierro de Madrid á Aranjuez de que damos cuenta en otro lugar de este número, y el desarrollo que en toda Europa van teniendo estas vías de comunicación, nos ha movido á publicar en la SEMANA un artículo que pueda dar una idea clara y sucinta de lo que son los *ferro-carriles* en general, con algunas noticias relativas al de Aranjuez en particular. Nuestros lectores de provincia principalmente nos agradecerán sin duda este trabajo, puesto que con él y con el auxilio de los grabados, comprenderán sin esfuerzo el mecanismo de ese invento, verdadero prodigio del ingenio humano.

Siendo, pues, la máquina de vapor el primero y mas poderoso de los agentes de locomoción que á los caminos de hierro es posible aplicar, vamos á describirla con toda la estension y la claridad compatibles con la brevedad que nos imponen los cortos límites de un artículo de este género.

Hay en toda locomotiva varias partes principales, que son la rejilla, el horno ú hogar, la caldera, la chimenea, los tubos de admision del vapor, los de distribución de este, los tiradores, los cilindros de vapor, los embolos ó pistones, las bielas ó varillas rígidas, el árbol ó eje motor, los escéntricos, los rodages que transmiten el movimiento, los aparatos de alimentación y de seguridad, y por último, la base de la máquina. Vamos á examinar sucesivamente todas estas partes de la locomotiva (1).

El horno tiene la forma rectangular A que en la fig. 2 se advierte entre las dos primeras ruedas. Compónese por lo regular de chapas de cobre unidas entre sí por medio de clavos remachados. Por la puerta B se echa el cok, que es el combustible que generalmente emplean las locomotivas. La rejilla, que es la que forma el piso del horno, se compone de 12 á 15 barras de hierro paralelamente colocadas en su marco, de hierro tambien, pero sin otra sujeción que la que le dan las paredes del hogar contra las cuales se apoyan: de esta manera es fácil levantarlas y quitarlas cuantas veces sea menester para apagar inmediatamente el fuego. Esta máquina no tiene cenicero debajo de la rejilla, y merced á esto puede limpiarse con mas facilidad, levantando las barras y penetrándose dentro. Durante la combustion, la carbonilla y las cenizas van cayendo al camino, por los intersticios que dejan las barras de la rejilla.

Por encima del hogar A y hasta la chimenea S se encuentra la caldera C C que contiene el agua destinada á producir el vapor. A² es un boquete, abierto encima de la parte de la caldera colocada sobre el horno y sirve para dar, en caso necesario, entrada al hombre

que tiene que introducirse en la caldera. En la tapadera de este boquete se encuentra el silbato S². Volviendo la manecilla S², escápase por la parte superior una especie de chorrillo de vapor, que correspondiendo, como inmediatamente corresponde, á la parte inferior de la campanilla fijada encima del silbato, produce ese sonido agudo que se deja oír á grandes distancias.

El cuerpo principal de la caldera C C, que es de forma cilíndrica, tiene en las figuras que aquí se representan 4 metro y 11 centésimos de diámetro interior, y encierra 145 tubos, que, colocados simétricamente, ocupan poco menos de la mitad inferior del aparato. El diámetro interior de estos tubos es de 35 milímetros. Apenas encendido el horno, penetran en estos tubos el calor y la llama, y sube notablemente la temperatura; por ellos tambien penetra el humo que sale por la chimenea S. Con el objeto de que se produzca la mayor cantidad posible de vapor, está dispuesta la caldera de modo que el agua rodee la lumbre por todas partes, escepto por la inferior y por la puerta B.

Pasemos ahora á la admision del vapor y al movimiento de los tiradores de distribución. Encima del eje de la primera rueda, se coloca el maquinista en una especie de púlpito. En la locomotiva indicada por las figuras 1 y 2 se opera la admision del vapor en los tiradores de distribución, á favor de un disco de cobre J, que presenta la forma de un doble sector colocado en un estremo de la barra horizontal a⁴ a⁵, á la cual está sujeto por medio de una tuerca. En el estremo opuesto tiene esta barra una palanca n, la cual está en todo tiempo á la disposición del maquinista.

El doble sector de que acabamos de hablar, va encerrado en una caja de cobre J², en la cual hay una abertura que establece una comunicación con el tubo de admision, el cual recibe el vapor en S, y tiene su centro atravesado por una barra. En lo interior de esta caja hay un diafragma, contra el cual se apoya el disco, y en el cual se notan dos aberturas, de forma de sector tambien. Comunican directamente estas aberturas con los boquetes laterales, á los cuales van adaptados dos tubos Y Y², por cuyo conducto puede conducirse el vapor á los tiradores de distribución R. Aquí conviene notar que la parte vertical del tubo es de suma importancia para el trabajo de la máquina; pues fácil es de concebir que marchando el convoy, está en continuo movimiento el agua encerrada en la caldera; y colocado como lo está horizontalmente el tubo Y á poca distancia del nivel ordinario, resultaria, en caso de no tener mas que uno de sus extremos abiertos para la admision del vapor, que con este vapor penetraria el agua, al paso que obligándolo á elevarse hasta lo mas alto del tubo para poder entrar en él, es evidente que no puede el agua subir con él á tanta altura.

En llegando á ella, entra el vapor por el orificio t; encaminase hacia el cilindro de la máquina, y empuja el piston N en la direccion indicada por las dos flechas. Este es real y verdaderamente el efecto útil del vapor; mas así que el piston N ha descendido hasta lo hondo del cilindro, fuerza es que, desandando lo andado, vuelva al punto de partida, para empezar de nuevo y repetir su marcha, la cual, por su continuación, establece ese movimiento de vaiven, que es uno de los caracteres peculiares de las máquinas de vapor. Con el auxilio de algunas esplicaciones que vamos á dar, comprenderán mejor los lectores la regularidad con que se establece este movimiento, y el modo de obtener de él los mejores resultados.

En las locomotivas, ora sean de cuatro, ora de seis ruedas, dos de estas únicamente reciben la potencia motriz, ó mejor dicho, el impulso del vapor. Estas ruedas son las que en las láminas 1 y 2 se hallan en medio marcadas con la letra R. Rodando estas, fácilmente se concibe que pueden las otras guardarse en reposo y que tienen que seguir las. Para poner en movimiento dichas dos ruedas, es menester dos máquinas de vapor es decir, dos pistones en dos cilindros, con movimiento de vaiven. En la figura 2 vése un piston ó émbolo N O, y cilindro L en que funciona. A estos son enteramente iguales el otro cilindro y el otro piston. Para recibir el impulso de la potencia motriz, no pueden tener ni tienen las dos ruedas de en medio un eje libre y recto como el de las ruedas comunes, y si un eje que, en forma de codo, presenta á cada estremidad una especie de manubrio. Este eje hace en las locomotivas un papel muy principal; por cuanto, cogiéndolo á favor de una biela por cada uno de sus codos, es como cada piston de vapor le pone en movimiento imponiéndoselo al mismo tiempo á las ruedas dependientes de él.

Hay mas, cada vez que dan las dos ruedas de en medio un cuarto de revolucion, debe bajar ó subir el cilindro L; pero para que esto suceda, es menester que pueda el vapor pasar alternativamente de la derecha á la izquierda del piston, y entrar libremente así por el orificio t como por el t'. Es asimismo conveniente que el vapor, luego que haya entrado por uno de estos orificios, pueda salir por el otro é irse por el tubo M, colocado en la chimenea G; todo lo cual puede hacerse con la mayor facilidad y toda la regularidad apetecible, por medio del eje escéntrico S, por los tirantes de hierro V y V', y por un sistema de bielas y de palancas 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, etc., que van á parar al tirador p, el cual por medio de la varilla g, colócase ora como en la figura, encima del orificio t', ora debajo del orificio t. De aquí se deduce que, si el movimiento de los émbolos de vapor es necesario para dar movimiento á las ruedas, el de las ruedas es necesario para el movimiento de dichos émbolos.

(1) En las dos grandes figuras 1 y 2 que en las siguientes páginas se notan, es menester tener presente que las mismas letras indican siempre los mismos objetos.

Bien estudiado y bien comprendido esto, fácil nos será entender, con vista del diseño, el juego de los locomotores. Supongamos, en efecto, que el maquinista, á favor del manubrio N, haga girar la larga barra horizontal $a' a'$, que por medio del disco J de paso al vapor, el cual, entrando inmediatamente en F, baje por el tubo Y Y^2 , y yendo á buscar, caso de estar el tirador p colocado como en el dibujo, la parte derecha del pistón, dé á este un empuje que le haga descender hasta lo hondo del cilindro. Mas en este descenso, el pistón, por medio de la barra O y de la biela P P, hace girar el eje del manubrio Q, el cual, girando, se lleva tras sí el eje excéntrico

gunas otras partes esenciales, á fin de dar de estos aparatos una idea casi completa.

Las locomotivas, gastando mucha agua y mucho combustible, necesitan de lo uno y de lo otro considerable provision. Los depósitos, así de lo uno como de lo otro, van en el *ténder* ó *furgon* de provisiones, que sigue siempre á la locomotiva, á la cual va sujeto. Este *ténder*, de forma de herradura, está dispuesto de tal manera, que desde su púlpito, pueden pasar á él el maquinista y el hornero para surtirse así de combustible como de agua. Para hacer pasar esta desde el *ténder* á la caldera, sirven los tubos A' A' y las bombas Y Z (En la

dida que por efecto de su conversión en vapor va mandando en la caldera, se repone continuamente, metiéndose al juego de las bombas puestas en movimiento por las ruedas traseras de la locomotiva.

Las dos ruedas motrices de la locomotiva no tienen ribete interior; las otras lo tienen y considerable, como en las figuras se ve. El objeto de estos ribetes es impedir que se salgan del carril las locomotivas. Las ruedas del medio van fijadas al extremo del eje motor, y unas á las ruedas de detrás por medio de unas bielas.

En las calderas de las locomotivas, como por regla general en todas las de vapor, es importante que la

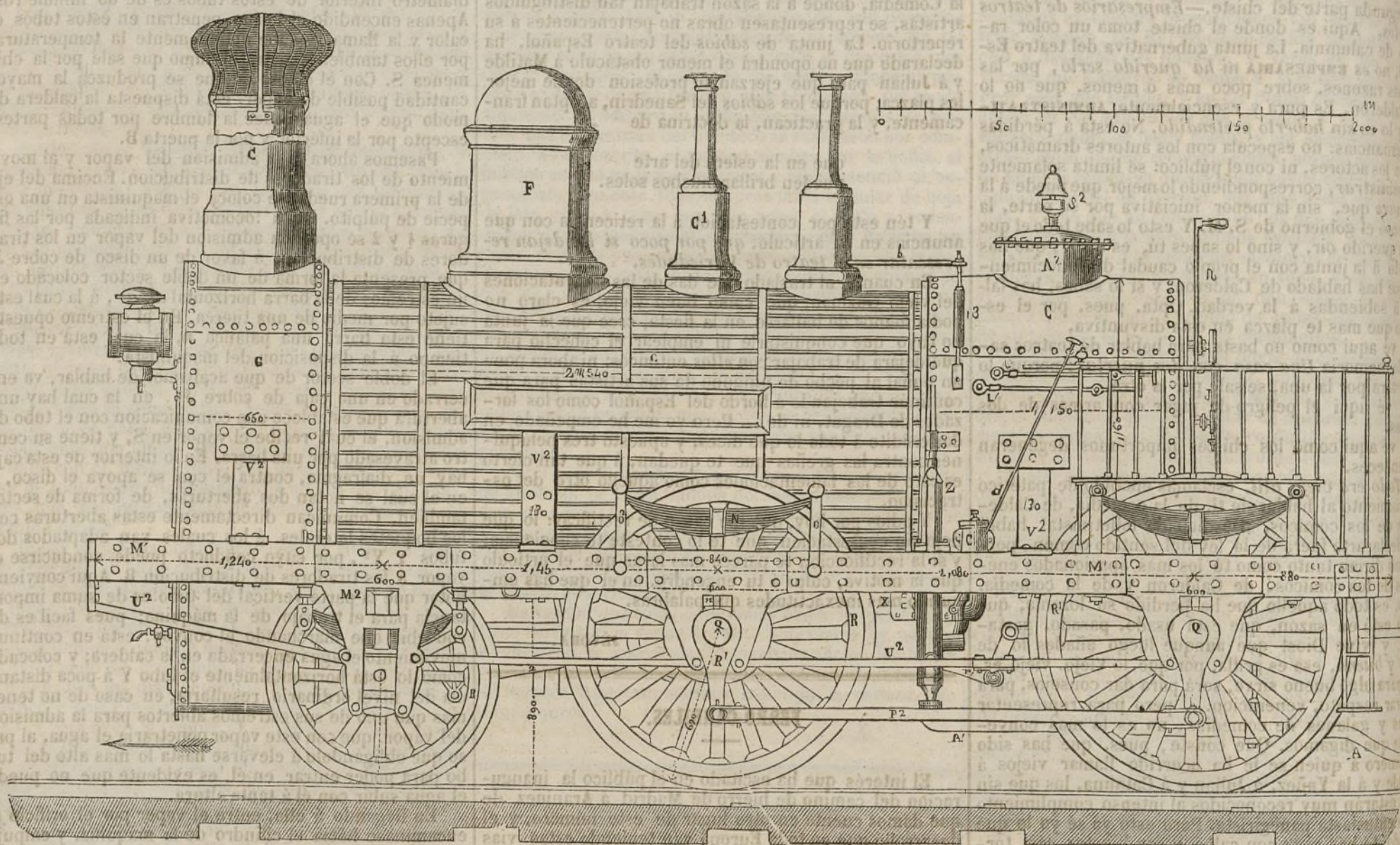


Figura primera.

co S. Por este medio el tirante de hierro U, que rodea el eje excéntrico, es llevado unas veces á la derecha y otras á la izquierda, lo cual equivale á decir que el tirador p pasa alternativamente por encima del orificio t' y del orificio t . Ahora bien, teniendo presente que lo que por la izquierda sucede con respecto al manubrio Q, sucede por la derecha con el manubrio Q, merced al pistón de vapor que le gobierna, el cual no está figurado en el dibujo, se verá que los manubrios, no estando en la misma línea, si bien forman ángulo recto, debe cada golpe de émbolo provocar en las dos ruedas de en medio la mitad de una revolución, y que cada dos golpes provocarán una entera.

figura solo se ve una de estas bombas). Para reconocer si estas funcionan bien, háse adoptado un grifo a^3 á un cuerpo de bomba, el cual se halla al alcance del maquinista por medio de la larga llave d^3 . Los émbolos de estas bombas reciben su movimiento alternativo por *escéntricas* separadas, fijas en el eje de las ruedas de detrás. Estas *escéntricas* son unos discos circulares de hierro colado, unidos en dos puntos por medio de abrazaderas de cobre, y con los tirantes de hierro u^2 , á los cuales comunican un movimiento de vaiven. Cada uno de estos últimos se encuentra unido, por circulación, á la palanca r^2 , la cual descansa en un eje horizontal, adaptado á las barillas u^2 . Otras dos palancas r^1 , fijas

dos válvulas, que se hallan representadas en la figura por las letras H^2 , y encerradas debajo de los tubos G' G'. La presión de estas válvulas se efectúa con el auxilio de una palanca h^3 , á cuya estremidad hay una barra vertical i que la atraviesa, y está destinada á regular su presión.

Para conocer el nivel del agua, puede el conductor mirar el tubo de cristal J', que lleva á su lado, ó mejor todavía, cualquiera de las dos llaves L' y L'' colocadas en la máquina á diferentes alturas. De estas dos llaves la primera, cuando se la abre, debe dar vapor, la segunda agua.

Toda la máquina va como empotrada en un marco

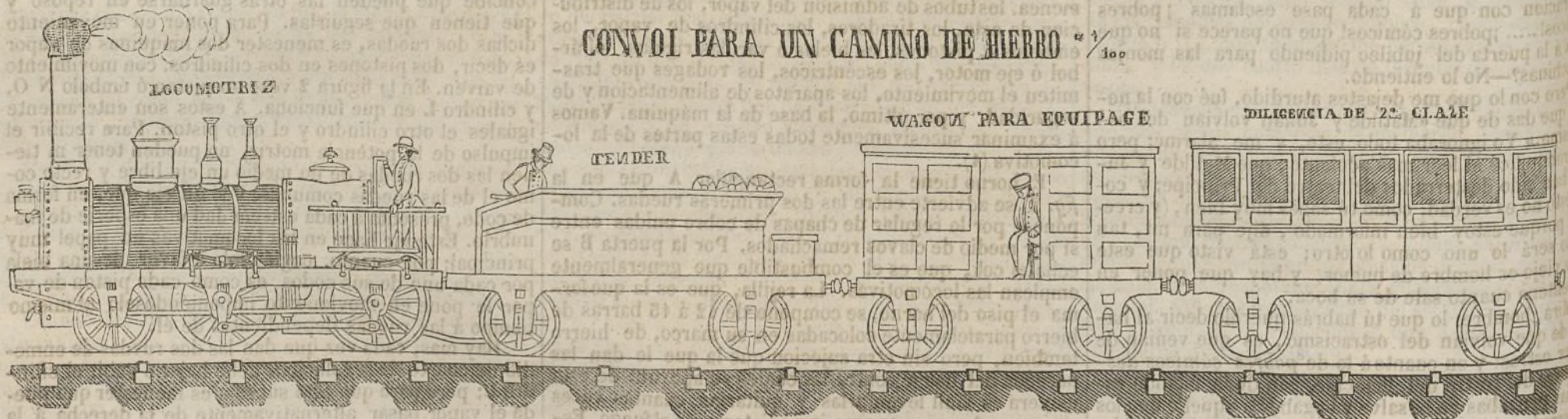


Figura tercera.

Los codos, formando manubrio, están dispuestos en ángulo recto, á fin de hallarse constantemente en posiciones distintas durante la marcha de la máquina. Así es que el uso de ellos corresponde á una posición extrema del primer émbolo, por ejemplo, en tanto que el otro corresponde á una posición media del segundo, resultando de aquí, que cuando la biela, el manubrio y la barra del pistón se encuentran en una misma línea, se hallan la biela, el manubrio y la barra de la otra en tal disposición, que recibiendo el mayor impulso, lo transmiten al eje motor.

Con estos datos, no es difícil seguir y comprender el juego de las locomotivas, de que vamos á explicar al-

también en el mismo eje, y colocadas perpendicularmente á las primeras, se unen por articulación á dos bielas verticales q^1 , las cuales se hallan reunidas en su parte superior á favor de un atravesano de hierro, que es el que sostiene la barra recta del pistón, al cual, merced á la reunión de estas bielas y palancas, se transmite el movimiento alternativo que á los tirantes dan las *escéntricas*; y á fin de que dicho pistón no se desvíe de la línea vertical que está destinada á recorrer, hácese pasar su barra recta z' por un collar de hierro que le sirve de guía y que va sujeto con tres tuercas á la caldera. En b^1 se ve un grifo destinado á cerrar y abrir el tubo de la bomba. Dispuesta la cosa así, el agua, á me-

M' y M'' la cual va sujeta la caldera por medio de unos hierros V^2 .

En una locomotiva, es pieza de mucha importancia la fogata, propiamente dicha, ó sea la parte de la superficie caldeable de la caldera, que está en contacto inmediato con el fuego. Esta superficie da, en efecto, la medida de la cantidad de vapor de que durante la marcha se puede disponer, dando por lo tanto á conocer al mismo tiempo la potencia de la máquina á favor del sistema de Crampton, que permite hacer bajar el horno, importante maniobra que da un suplemento de superficie caldeable.

A esta especie pertenecen las locomotivas que fun-

cionan en Francia en el camino de hierro, llamado del Norte. Con ellas, se salvan en 7 1/2 horas las 400 leguas francesas (66 castellanas) que de París separan a Calais, andando á veces con una velocidad de 20 leguas de posta por hora. Ni se crea que esta velocidad perjudica á la potencia de los aparatos, pues no hay ninguno de estos que, cualquiera que sea la rapidez con que camine, arrastre menos de doce carruages de viajeros por el camino de Calais, donde existen cuestas de 4 á 5 varas por 1,000, y eso sin consumir mas que un quintal escaso de combustible por legua andada.

Con la locomotiva, dijimos, va siempre un tender, destinado al transporte del carbon y del agua que en su

Segun las necesidades, pueden las locomotivas conducir mayor ó menor número de viajeros; una comun puede, por término medio, remolcar 25 coches. Cuando no se tienen máquinas de mucha fuerza y no se quiere, sin embargo, dividir un convoy, se pueden colocar dos locomotivas, una delante de otra, ó bien una á la cabeza y otra á la cola del convoy. Entre carruage y carruage hay unos tarugos forrados y dispuestos en forma de émbolos, con sus muelles correspondientes, destinados á amortiguar las sacudidas que, en el acto de parar el convoy ó de suceder algun accidente, se experimentarían por necesidad.

La fig. 3 representa en su conjunto la vista de un

de inteligencia ó de cuidado de parte del conductor, muchas veces tambien de la imprudencia de los viajeros. Por de pronto, no hay duda que cuesta trabajo familiarizarse con tantas distintas causas, capaces, juntas ó separadas, de producir grandes catástrofes; y en verdad puede decirse que los primeros que se arrojaron en estas arriesgadas vias, traspasaron, á fuerza de valor, los límites de la temeridad.

Pero ¡oh prodigiosa fuerza del ejemplo! Lo que un hombre, aislado y solo, no se habria atrevido á intentar, diez juntos lo intentaron. Cada carruage encerraba cierto número de hombres, dándose fuerza unos á otros, olvidaban que la menor descomposicion de la locomoti-

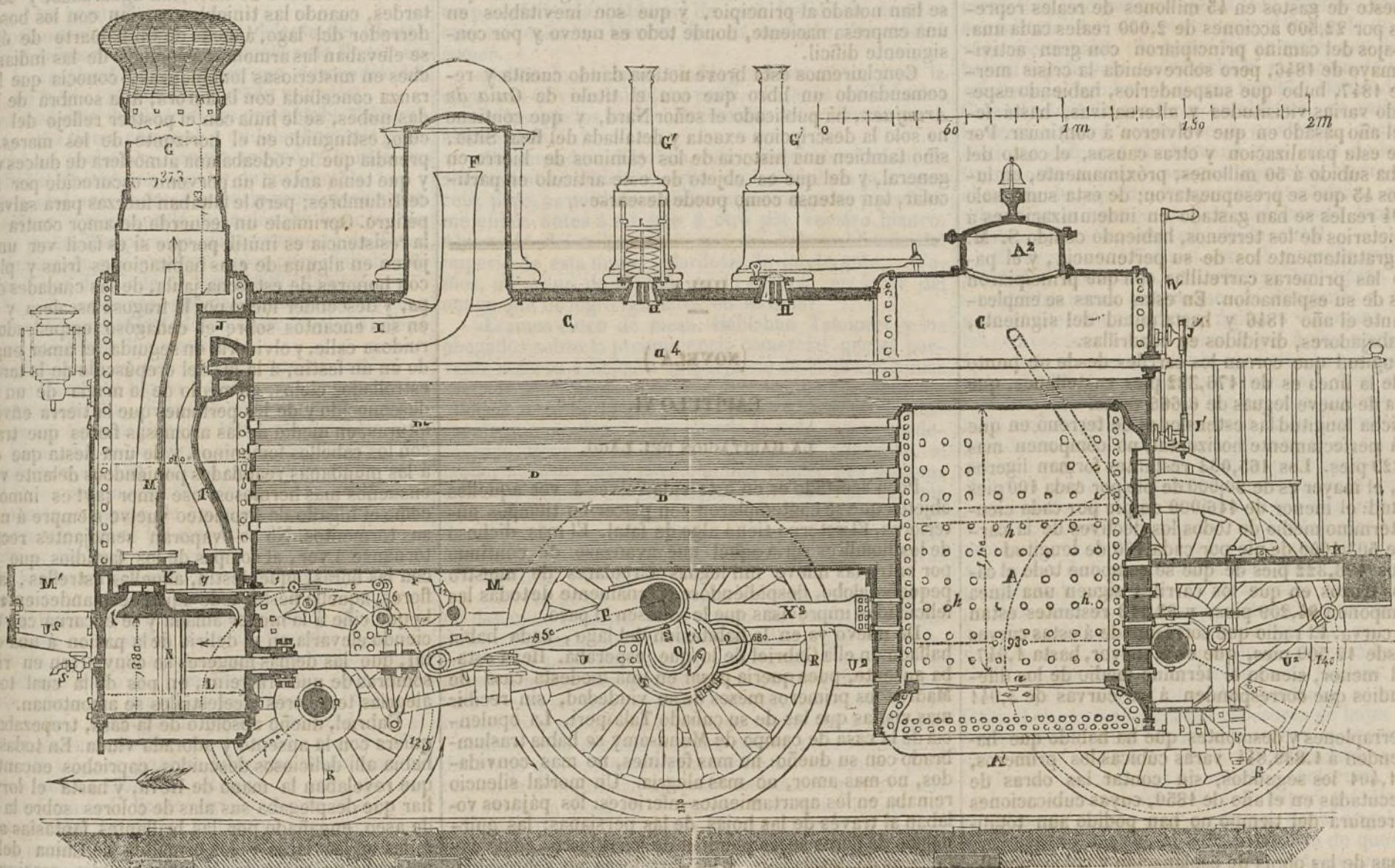


Figura segunda.

marcha debe consumir la máquina, hasta que llegada á otro punto de parada, pueda renovar sus provisiones. A este tender va sujeto el freno que, en caso de querer parar la marcha del convoy, comprime enérgicamente las ruedas y las impide rodar.

Una de estas locomotivas cuesta en Francia de 7 á 8,000 pesos fuertes.

Las ruedas de las locomotivas y las de los vagones tienen, segun dijimos al principio, un ribete interior, destinado á impedirles que se salgan del carril.

Hay caminos de hierro que solo tienen una via, y caminos de hierro que tienen dos. En los primeros no pueden andar vagones mas que en una direccion á la vez;

ferro-carril con un convoy, en el orden en que suelen colocarse los carruages: 1.º la locomotiva: 2.º el tender: 3.º vagon de equipajes: 4.º diligencias de 2.ª clase: 5.º id. de 4.ª: 6.º id. de 3.ª: 7.º cuartos, ó sea vagones destinados al transporte de animales: 8.º en fin, plataformas para la conduccion de carruages particulares.

Todo el convoy marcha sobre dos rails (1), (carriles) empotrados en el suelo y sujetos á unos grandes maderos que hay de trecho en trecho, estos carriles guardan perfecta igualdad de distancia entre sí, y es lo que constituye la seguridad de los carruages.

Los caminos de hierro, por mas que digan las gentes tímidas ó los detractores de este magnifico descu-

va que los arrastraba, podia ser para todos ellos la señal de una terrible y casi inevitable muerte.

La mayor catástrofe que hasta ahora han presenciado los caminos de hierro, fué la ocurrida el 8 de mayo de 1842 (4), en el que, por la orilla izquierda del Sena, conduca de Versailles á París. Desde aquella época el gobierno francés, y á ejemplo suyo todos los de Europa, se han ocupado con la mayor atencion de los medios de evitar la reproduccion de semejantes accidentes. El ingenio de los inventores no ha dejado de trabajar y de discurrir; pero la mayor parte de los caminos de hierro pertenecen por desgracia á compañías particulares, que mas bien se cuidan de ganar mucho dinero, que de

CONTINUA EL CONVOY

Wagon descubierto

Caballeriz a

Parta-coches



Figura tercera.

en los segundos pueden ir y volver al mismo tiempo.

Para pasar de una via á otra, se hace uso de unas agujas, que no son otra cosa que unos rails oblicuos destinados á unir ambas vias en puntos determinados. Este método se emplea para pasar de una via á otra sin detener la marcha del convoy; pero estando este parado, emplease otro medio para cambiar los carruages, y sobre todo las locomotivas. Consiste este en una plataforma móvil, encima de la cual se coloca una locomotiva con su tender y se la hace girar á voluntad, para colocarla en la via que ha de seguir, cualquiera que sea el ángulo que forma esta con la que acaba de dejar.

brimiento, están lejos de ofrecer á los viajeros los peligros con que se trata de asustar á las personas que no han tenido ocasion de hacer uso de este cómodo y excelente medio de comunicacion. Los accidentes ocurridos en los caminos de hierro, poco frecuentes, pueden tener y tienen las mas de las veces por origen la velocidad que de un obstáculo débil é insignificante en sí, hace uno muy grave y trascendental. Otras veces son el resultado de salirse en las curvas las ruedas de los rails, de la mala construccion de las locomotivas, ó de falta

la seguridad de los viajeros. Sin embargo, el celo de los gobiernos, las leyes severas dictadas sobre este particular, el gran número de personas familiarizadas ya con la práctica y manejo de este ramo y sus accesorios,

(4) La catástrofe de 8 de mayo de 1842, debida al vuelco de una de las locomotivas, que causó el incendio de varios de los carruages que la seguian, y la desaparicion en las llamas de mas de 200 personas, no puede repetirse ya por la misma causa. El vuelco de la locomotiva en cuestion, fué producido por el salto de una de las cuatro ruedas que á la sazón llevaban todas. Hoy lleva 6 ruedas cada uno de estos aparatos remolcadores, lo mismo que cada carruage, y no puede, por consiguiente, el salto de una de ellas ocasionar vuelco ni accidente alguno.

y sobre todo, los adelantos hechos por la ciencia, han llegado á simplificar y á metodizar la marcha de las, al parecer, tan complicadas administraciones de caminos de hierro, en términos de que en la actualidad, á pesar del inmenso desarrollo que en toda Europa ha tomado este agente de locomoción, son rarísimos, y en general de poca importancia, los accidentes que hay que deplorar.

NOTICIAS SOBRE EL FERRO-CARRIL DE ARANJUEZ.

La escritura de compañía se firmó el 24 de diciembre de 1845 entre don José Salamanca poseedor de la real concesión y otros varios capitalistas, fijándose el presupuesto de gastos en 45 millones de reales representados por 22,500 acciones de 2,000 reales cada una. Los trabajos del camino principiaron con gran actividad en mayo de 1846, pero sobrevinida la crisis mercantil de 1847, hubo que suspenderlos, habiendo experimentado varias vicisitudes y alternativas, hasta febrero del año pasado en que volvieron á continuar. Por efecto de esta paralización y otras causas, el costo del camino ha subido á 50 millones, próximamente, en lugar de los 45 que se presupuestaron; de esta suma solo 2,532,894 reales se han gastado en indemnizaciones á los propietarios de los terrenos, habiendo cedido S. M. la reina gratuitamente los de su pertenencia, y el patrimonio las primeras carretillas con que principiaron las obras de su esplanación. En estas obras se emplearon durante el año 1846 y hasta mitad del siguiente, 7,000 trabajadores, divididos en cuadrillas.

La longitud que corren los carriles desde un punto á otro de la línea es de 476,322 pies castellanos, que son cerca de nueve leguas de 6,666 varas.

En dicha longitud las estensiones de terreno en que éste está perfectamente horizontal, no componen mas que 11,229 pies. Los 465,093 restantes forman ligeros declives, el mayor es de 90,000 de pie por cada 100 pies de longitud: el menor de 416,000 de pie por cada cien, y el término medio de todos los declives de la carretera de 503,1000 de pie por cada 100 de longitud.

De los 476,322 pies de que se compone todo el camino, los trozos en que los carriles siguen una línea recta componen 94,209 pies, y 82,113 restantes están en línea curva. El radio que corresponde á estas curvas varía desde 40,500 pies, que es el mayor, hasta 1,047, que es el menor, siendo el término medio de los diferentes radios que corresponden á las curvas de 3,941 pies.

Los terraplenes y desmontes que ha habido que hacer ascienden á 4,839,844 varas cúbicas los primeros, y á 4,434,401 los segundos, sin contar las obras de tierra ejecutadas en el año de 1850, cuyas cubricaciones por la premura del tiempo no han podido aun totalizarse.

Además de las obras de esplanación y colocación de los carriles, hubo que hacer dos grandes talleres, uno en la huerta de la Campanilla, cerca de Madrid, y el otro en Aranjuez, inmediato al puente colgado; también se montó un taller menos importante en Ciempozuelos, y otros especiales de herrería y carpintería en el viaducto de Abroñigal, en el puente sobre el Manzanares, y en el de Jarama, y pequeños almacenes en Pinto y otros varios puntos.

Las obras de fábrica pueden clasificarse de este modo:

Estaciones: En Madrid y en Aranjuez hay vastos edificios para estaciones ó embarcaderos, con todas las dependencias necesarias, como despacho de billetes, oficinas, habitaciones de empleados, salas de espera, etc. Estos edificios tienen otros accesorios para el depósito y reparación de máquinas locomotrices y carruajes.

También se han construido cuatro estaciones intermedias, frente á Getafe, Pinto, Valdemoro y Ciempozuelos, las cuales constan solamente de un vestíbulo capaz para que esperen los viajeros, despacho de billetes y dos pabellones que sirvan de habitación al jefe y al guarda respectivos.

En los puntos extremos, y en la mitad de la vía, se han hecho depósitos de agua para las máquinas con una bomba movida por el vapor, á fin de hacer mas rápida la operación de llenar las calderas.

Puentes, pontones y alcantarillas. Doce puentes, uno sobre el Canal, otro sobre el Manzanares, otro sobre el Jarama, que es el mas importante, pues tiene 310 pies de longitud, otro sobre el Tajo y los demás sobre varios arroyos y cañadas; diez pontones; tres viaductos y cincuenta y tres alcantarillas, componen la totalidad de obras de esta clase en todo el camino.

La empresa cuenta hoy con los siguientes carruajes:

- 4 magníficas locomotrices inglesas.
- 4 id. id. belgas.
- 44 carruajes de primera clase, uno de ellos hecho en Inglaterra y los demás en el gran taller de coches de Recoletos.
- 46 id. de segunda id. id. id.
- 46 id. de tercera id. id. id.
- 4 id. de cuarta construidos por don Dionisio Leffevre de Madrid.
- 4 wagones de equipaje, de los cuales uno vino de Inglaterra y los otros tres han sido hechos por don Casimiro Martín de esta corte.

Y además el número necesarios de *truks* para el transporte de diligencias y carruajes comunes y de wagones-cuadras para el de caballerías.

La empresa piensa ampliar el número de vehículos de todas clases, para lo que cuenta con los elementos necesarios, y que principalmente consisten en los trenes (bastidor, rueda, eje y muelle) venidos de Inglaterra y otros aun por llegar.

Al siguiente día de la inauguración, se ha abierto el camino al público, estableciéndose tres expediciones diarias de ida y vuelta; pero estas se han reducido luego á dos, no por falta de viajeros, que han sobrado todos los días, sino por no contar la empresa aun con suficientes elementos para sostener este servicio con regularidad, si bien tenemos entendido que muy pronto dispondrá de medios suficientes para satisfacer todas las exigencias; así como creemos que se superarán en breve los pequeños defectos y falta de regularidad que se han notado al principio, y que son inevitables en una empresa naciente, donde todo es nuevo y por consiguiente difícil.

Concluimos esta breve noticia dando cuenta y recomendando un libro que con el título de *Guía de Aranjuez*, ha publicado el señor Nard, y que contiene no solo la descripción exacta y detallada del Real Sitio, sino también una historia de los caminos de hierro en general, y del que es objeto de este artículo en particular, tan estensa como puede desearse.

HEVA.

(NOVELA.)

CAPITULO VI.

LA HABITACION DEL LAGO.

Poco acertado es en esta vida volver á ver aquellos objetos que se contemplaron con placer en tiempos anteriores. El retorno tiene algo de fatal. El mas dichoso de los hombres sería aquel que avanzase de continuo por entre las nueve mil leguas circulares de nuestro pequeño globo, despidiéndose eternamente de todas las felicidades improvisas que le saliesen al paso.

De nuevo ya en la habitación del lago, nada habia hallado en ella Gabriel de lo que esperaba. Heva estaba ausente, pues queria pasar en una modesta casa de Madrás los primeros meses de su viudedad, sin recibir mas visitas que las de su cuñado Talaiperi. La opulencia de la casa de campo de Munusamy se habia traslucido con su dueño: no mas festines, no mas convidados, no mas amor, no mas alegría. Un mortal silencio reinaba en los apartamentos inferiores: los pájaros volaban al través de las hojas de las persianas; las guirnaldas de flores secas pendían de los kioscos como candelas de desolación, y los surtidores no sobresalían por encima del mármol de los estanques. El eden habia perdido á su Heva.

Gabriel y Klerbbs, merced á las bondades de Talaiperi, hubieran podido creerse dueños de aquella habitación; pues el indio aspiraba á hacerles olvidar, con la hospitalidad mas generosa, noches y dias asaz crueles, honrando así el valor que habian mostrado á orillas del Lutchmi, al precipitarse heroicamente en socorro de su infeliz hermano.

Ni era menor el número de los criados de servicio; pero casi todo el personal estaba mudado: apenas si algunos indios, de acreditada fidelidad habian salido ilesos de tal purificación. Reemplazaban á los *peones* sospechosos ó traidores, sirvientes de nación inglesa; y como en la inteligencia que habia presidido á este nuevo arreglo se traslucía suficientemente el interés de Heva por esta habitación, de aquí las deducciones de Gabriel, quien decia que la hermosa viuda dejaria los fastidios de Madrás tan luego como las formalidades sociales se lo permitiesen.

Servidos ambos jóvenes por una veintena de criados, llevaban una vida muy monotonía; la única que se parece á la felicidad. Klerbbs pensó entonces seriamente en cumplir con el objeto de su misión científica, y se dedicó á examinar arrellanado en su poltrona, la vasta biblioteca de Munusamy, para ver de descubrir la *Historia de los Malabares*. Gabriel se dedicaba á la caza del *turaco*, en el gran bosque que cogía desde las azoteas de la quinta á la montaña. Muchas veces el joven sábio, arriesgándose á subir á las alturas de Tinnevely, lanzaba una melancólica mirada hácia la doble hilera de altos árboles que sombrean el camino de Madrás, creyendo reconocer en cada gemido del viento el sordo rumor de las ruedas del *taudryes* que condujese á Heva bajo las dulces y flotantes arcadas de sus nisperos del Japon y ante las pajarreras de argentino enrejado, donde mil doradas aves estaban llamando á su joven ama desde la salida hasta la puesta del sol.

Bajó una mañana Klerbbs de su cuarto, vestido de viaje, y despidióse de Gabriel. Iba, decia, á visitar la provincia del Carnático y á pasar unos dias en Tranquebar; pues conforme á averiguaciones recientes, esperaba descubrir en aquella escursión el manuscrito de la *Historia de los Malabares*; Gabriel no podia acompañarle, porque su porvenir estaba ligado á la solitaria habitación que la presencia de una mujer debia poblar en breve con todas sus gracias, con todos sus encantos.

—Mi viaje no será largo, dijo Klerbbs, estrechando las manos á su amigo; y para mas abreviarlo maldita la pena que me daría por encontrar lo que busco. ¡Desgraciado del que busca, porque nada hallará! Dejaré

que la *Historia de los Malabares* me descubra á mi. Adios, y cuidado con ir á cazar tigres.

—Adios, Klerbbs. Vuelve pronto y escribeme. Quizá me encuentres á tu vuelta desposado.

—Mi querido amigo, dijo Klerbbs montando á caballo, me temo que esa hermosa viuda se haya quemado incógnito sobre el sepulcro de su marido, según la costumbre del país.

Agitáronse aun las manos de ambos jóvenes para saludarse de lejos, y Klerbbs desapareció por último galopando al través de los tupidos ébanos.

Tornó Gabriel á una existencia de aislamiento que ninguna distracción saludable le proporcionaba. Disponíase todos los dias á ver asomar por el horizonte de Madrás la estrella de amor tan aguardada, y todas las tardes, cuando las tinieblas corrían con los bosques en derredor del lago, á modo de un baluarte de ébano, y se elevaban las armonías solemnes de las indianas noches en misteriosas lontananzas, conocía que la esperanza concebida con la aurora, á la sombra de las osadas nubes, se le huía con el postrer reflejo del crepúsculo, estinguído en el horizonte de los mares. Comprendía que le rodeaba una atmósfera de dulces venenos y que tenia ante sí un porvenir oscurecido por sus incertidumbres; pero le faltaban fuerzas para salvarse del peligro. Oprimíale un recuerdo de amor contra el cual la resistencia es inútil; porque si es fácil ver una linda joven en alguna de esas habitaciones frias y plebeyas con honores de estrecha jaula, de las ciudades de Europa, y descender luego por la fragosa escalera y pensar en sus encantos sobre el cenagoso empedrado de la ruidosa calle, y olvidarla en seguida, el amor engendrado en un festín, á la luz del crepúsculo de la tarde, bajo estrellados cielos, en medio de la magia de un paisaje desconocido y de los perfumes que la tierra envía á las alturas, en medio de las aromosas flores que travesaban con los cabellos femeninos, y de una fiesta que os roba á las mundanas realidades poniéndolos delante vuestros ensueños mas hermosos, ese amor ¡ay! es inmortal, y como el hígado de Prometeo vuelve siempre á nacer de sus tormentos. No se evaporan semejantes recuerdos: tornan á ver, al compás de los fastidios que suenan con las horas, aquel festín, aquellas estrellas, aquellas flores, aquella fiesta, todo aquel resplandeciente círculo que ciñe á la muger amada y se encarna con ella haciendo elevarla en el delirio de la pasión á una cúspide tal, que las demás mugeres se convierten en ridiculas sombras de nuestra reina, en pos de la cual todas las alegrías terrestres y celestiales se amontonan.

Gabriel, dueño absoluto de la casa, tropezaba donde quiera con la ausente y adorada viuda. En todas partes habia allí deliciosos descuidos, caprichos encantadores que revelaban la mano de Heva, y hasta el *lori* familiar que desplegaba sus alas de colores sobre la percha de aseó, engañado por las brillantes fantasías aglomeradas en las lacas y los esmaltes de China del salón, entonaba un canto de alegría y sacudía graciosamente su linda cabeza, como para pedir un beso á unos labios de coral. En derredor resplandecía ese caos de felices bagatelas que embeben su bálsamo de las manos de la muger; abanicos salpicados de pájaros azules, escapándose de un kiosco chino; nubes de bordados; rasos de Japon, sobre cuyas coberteras, juguetones dedos habian entrelazado con cintas la verdadera efigie del dios Brama; floreros de cristal tallado, cuyas anchas bocas dejaban desprenderse tulipanes marchitos; números de porcelana medio rotos, un tablero con todas las piezas derribadas en un acceso de infantil cólera, escitado por un *mate* demasiado precoz... La mano de Heva se distinguía en todas partes; y la deidad, aunque ausente, habitaba, sin embargo, en su milagroso templo.

El cuñado de Heva, el sábio Talaiperi, siempre que volvía de Madrás á la habitación del lago, decia á Gabriel:

—Grandes nuestro disgusto de no poderos proporcionar algunas distracciones, algunos esparcimientos campestres; pero, vos mas que nadie comprendéis nuestra posición: estamos de duelo. Aguardad á que el tiempo, ese dios que consuela, os brinde dias mejores en el seno de nuestra familia y de unos cuantos buenos amigos.

Gabriel respondía, por supuesto, que aquella soledad rebosaba para él en encantos, que el sitio le venia de perlas para entregarse á su pasión favorita, la caza, y que sobre todo, él sabia administrar dos excelentes remedios contra el fastidio: el estudio y la meditación.

Mientras tales cosas pasaban, recibió Gabriel una carta de Klerbbs, concebida en los siguientes términos:

«Tranquebar, junio 18....»

«Mi querido Gabriel:

«Aun no he tenido la dicha de hallar la *Historia de los Malabares*, sin duda por haberme dedicado á buscarla. He escudriñado la provincia del Carnático y la pagoda de Vilnur, que se me designó como una biblioteca de historia indiana. ¡Fiaos luego de noticias! La pagoda de Vilnur es una ruina, que sirve solo de asilo á serpientes. Estoy resuelto á no buscar mas.

«Una sociedad de jóvenes ingleses me propuso dias pasados ser el sétimo en una cacería de tigres, á orillas del rio Caveri; pues, dicen, hay cerca de Tranquebar una antigua fortaleza arruinada, que es un club de fieras. Los he dado un millón de gracias por la atención. ¡Patria de fieras! ¿no es verdad, Gabriel?

«Una carta vuestra me alcanzará todavía en Tranquebar; en seguida, no volvais á escribirme, puesto que pronto nos veremos, y esto vale mucho mas.

«Vuestro de corazón.—EDUARDO KLERBBS.»

La respuesta de Gabriel es el relato de algunos acontecimientos de la víspera; héla aquí:

«Mi querido Klerbbs:

«Vuestra carta ha sido un buen agüero para mí; jamás una felicidad viene sola: ¡Heva ha llegado!

«Cuando volvía ayer de la caza á las cuatro de la tarde, sentí que la gran calle de Naucleas temblaba con el galope de dos ginetes.

«¡Ahí está la señora! dijeron los criados. Y Talaipéri bajó á la azotea para recibir á la reina de Tinnevely.

«No acertaba donde colocarme; en todas partes creía estar mal, y me hubiera alegrado de hallarme sobre los árboles con los pájaros.

«Dos palanquines se detuvieron delante del *Chattiviam*: en el primero venían las doncellas de Heva; en cuanto á la resplandeciente figura que descendió del segundo, no la vi... ¡se habían cerrado mis ojos!

«En el momento de abrirlos me presentaba Talaipéri á Heva... ¡La tierra comenzó á undular bajo mis pies, y se hinchó mi pecho: mi lengua se secó y la raíz de mis cabellos se abrasó con el calor de mi frente!

«Tartamudeé una de esas frases de presentación que nada significan, y que mezclé de inglés, de francés, de malés y de holandés; pero no oía la respuesta de Heva; que son demasiado groseros mis oídos para embeber la melodía angélica destilada de sus divinos labios!

«Me he, sin embargo, rebelado contra mí mismo, invocando enérgicamente todo mi valor, cual si viese el rostro á un peligro de los mayores.

«¡Oh! acabé con esto de conocer que mi destino se halla invenciblemente ligado á esta muger, que mi existencia depende de ella. ¡Solo una vez en la vida se agolpan al espíritu presentimientos tan luminosos! Ha sido formada para mí; y si otro, contra mi derecho, se había apoderado de ella, puesto que murió y que está viuda, el orden queda restablecido.

«Por suerte, ninguno de los que la rodeaban notaron mi conmoción; pues los ojos de todos no se dirigían sino á ella, y los mas viles esclavos comunicaban un barniz de nobleza á sus semblantes, con solo mirar el suyo.

«Animado por los demas, alcé al fin la frente, y desde entonces no vi sino á Heva en derredor. Llevaba un vestido de luto, que aventajaba en el brillo al mas hermoso adorno de baile. Una trasparente gasa como que quería cubrir sus brazos, y elevábase su blanco y purísimo cuello, desnudo de joyas y realzado por el fluido ébano de sus cabellos y el atezado corpiño. Un viso ligero de tristeza parecía luchar en su faz con la sonrisa que en los labios la retozaba, y sus ojos no anunciaban demasiado llanto vertido; tenían el aterciopelado resplandor del iris y la ternura del diamante. No bien se presentó en la primera sala, fué tal la furia de alegres cantos y el aleteo de los moradores de las pajareras, que no pudo menos de estremecerse de placer.

«Su tristeza de viuda no era seguramente para desesperarme.

«Aguardaba á que me hablase, con una sed devoradora de oír; y, no obstante, deseaba confundirme entre sus criados, quienes se detuvieron un momento en el umbral de la sala y desaparecieron en seguida.

«Sentóse por último, y desanudando el *madrás* á lo criolla, que velaba lo alto de su cabeza, tomó un abanico y nos suplicó á su cuñado y á mí que nos sentásemos junto á ella.

«Obedecí maquinalmente. Un espejo cercano me mostró la horrible palidez de mi semblante; pero no tuve tiempo de analizar las sensaciones que experimentaba, contentándome con dejar para mejor ocasión la autopsia moral de mi presente estado.

«Caballero, me dijo, esperaba esta coyuntura para significaros cuán obligada os estoy por vuestra noble conducta á orillas del Lutchmi, y lo excesivo de mi pena al saber esa equivocación fatal que tantos tormentos os ha causado.

«La confusión de Babel se difundió por mi lengua. ¿Qué intérprete hubiera conseguido traducir mi contestación? Todo se me iba en envidiar á los pájaros que poseían conciertos dignos de ella para responderla, y que se agolpaban al enrejado de las jaulas á fin de suspenderse de su cuello de marfil, á modo de un collar de esmeraldas vivas y de alados rubies.

«Felizmente ella se figuró que algo la había contestado, pues añadió en seguida:

«¿Y vuestro amigo, sir Eduardo Klerbbs, no nos proporcionará el gusto de volver pronto?

«Pronto... respondí, como un eco que solo devuelve exactamente lo que se le confía.

«Es un joven acreedor al mas singular aprecio; reposo, apoyando en cada palabra; sir Eduardo posee la agudeza de los franceses fundida con la flemma británica. Mi marido le estimaba en mucho.

«Ala ya recordándome, cuando dos palabras, dos palabras sencillísimas que tendré ¡ay! que oír muchas veces, me trastornaron de nuevo. Os fatigariais en vano si quisierais calcular el hielo y la punzada que sentí con estas dos palabras: mi marido. ¡Encerrábanse en ellas tanto poder, y á la par tanta sumisión...! No imaginaba yo la amargura de semejante frase en ciertas circunstancias.

«Me produjo algun alivio la llegada de dos personas que seguían de cerca el palanquin de Heva; eran dos abogados que vienen á establecerse en Tinnevely para embrollar el caos de una sucesión inmensa.

«Estos si que estaban á sus anchas. Entraron como en su casa y saludaron á Heva cual si fuese una muger

vulgar. ¿Por qué todos los hombres que la ven por la vez primera no han de caer á sus plantas?

«El abogado de mas edad abrió dos ventanas para examinar mejor la sala, pues se acercaba la noche.

«¡Hermosísimo, hermosísimo! dijo; y el resto de la habitación no le irá en zaga, de seguro. ¡Es un lujo verdaderamente anglo-indiano! Al difunto se le entendía de estas cosas. Pero ¿de qué vale semejante posesión en el desierto? Yo no daría ni diez mil pesos por ella. ¡Si fuese á las puertas de Madrás! ¡Ah! entonces... Porque en los bienes raíces, la posición es lo principal. Y decidme, señora, ¿la dependencia de la quinta se extiende á mucha distancia?

«Caballero, respondió Heva, es tarde; me siento un poco fatigada; hablareis de esos fastidiosos asuntos con mi cuñado. Dentro de un instante llamarán á comer.

«Hablando así, nos saludó graciosamente, y yo la seguí con la vista mientras pude, al través de las salas y galerías que los rayos horizontales del sol en su ocaso alumbraban.

«Dispensadme, Klerbbs, esta minuciosa relación; de sobra sé al escribirla con que sonrisa burlona la acogeréis; pero, os perdono vuestro ingenio agudo, y prefiero me elijais antes á mí que á otro por vuestro blanco. Abusando del milagro con que os habeis librado del imperio de esta muger, alardeais de intolerante... Vámos, un grano de piedad, os lo suplico, en favor del amigo que no logró igualaros en fortuna!

«Éramos cinco de mesa. Hablaban Talaipéri y los abogados sobre la preeminencia comercial que el porvenir reserva á Calcuta en perjuicio de Madrás. Nunca aciertan los hombres con la conversación que debe entablarse delante de mugeres, y seguro estoy por lo mismo de que el silencio que guardé lo notó, y no con desagrado, Heva. El mas leve matiz en la conducta, el menor acierto, hasta para que una muger nos distinga entre los demas; y no es pequeño el error de los que imaginan que sin victorias y laureles no es dable agradar al bello sexo; porque hay ocasiones en que se consigue mas callando y permaneciendo inmóvil, mientras otros hablan y se agitan.

«Os reis de mi vanidad ¿no es cierto, Klerbbs? De mi dependencia ocultarla en el fondo del corazón, echándola, como es la costumbre, de modesto; pero he querido mejor ponerlo todo en relieve sobre una hoja de papel. Además, tan absurdo me encuentro desde el retorno de Heva, que para no desesperar, me doy el parabién de la menor cosa capaz de realzarme á sus ojos.

«Esta os la escribo á media noche, pues rayando el día tengo que entregarla. La casa está tranquila, pero no con la tranquilidad anterior. Se conoce que ha vuelto á entrar la diosa en el templo. Esta vasta habitación posee ya un alma; es ruidoso este silencio y hálase este desierto poblado. Un soplo embriagador agita las flores de los kioscos y el teclado de las persianas; una animación divina circula por el aire y lo embalsama; y hasta se nota en la naturaleza cierta espansión de éxtasis dulcísimos que parecen descendidos del cielo para mí solo.

«Adios, Klerbbs; adios, mi antiguo camarada de un par de días. Llegad pronto, ¡llegad! Cuando seamos dos me sentiré con mas fuerzas.

GABRIEL N***

P. D. «La justicia no da con Goulab y Mirpour. Se les ha visto pavonearse vestidos á la europea en el puerto de Pondichery; aunque hay quien afirma que se embarcaron para Batavia.

«Cuidado con aceptar ninguna cacería de tigres, arrastrado por esos graves locos, vuestros compatriotas. Teneis razon, basta de tales monstruos; á su solo nombre, mi piel se transforma en la de una cebrá veteada de fuego.

«Mi *turaco* blanco está sin duda posado sobre el volumen de vuestra *Historia de los Malabares*.

G.»

Gabriel cerró su carta y la colocó en la mesa que se rozaba con su lecho, á fin de no olvidar cuando despertarse el entregarla á *telinga*.

Deseando luego respirar algunos momentos el aire de la noche y la frescura del lago se recodó en el balcón de su ventana, que entrevelaban enredaderas de campanilla.

Incomparable es el atractivo de las indianas noches; pues poseen el brillo de los días septentrionales y convidan á que se las contemple. Gabriel se dejó arrastrar por aquella seducción halagadora de la naturaleza, olvidándolo todo ante esta otra reina invisible que le hablaba con sus armonías y le acariciaban con su embalsamado aliento. Gavillas de suavísima luz llovían de las estrellas, alfombrando como un rocío de gotas de ópalo, las cimas de las montañas y los bosques; y el lago, fiel traslado del firmamento, le devolvía sus constelaciones, si bien en una de sus orillas parecía atesorar las compactas tinieblas de la noche entre espesuras de fluviales plantas y en los abismos de sus grutas; y las miradas que en derredor no encontraban sino no gracias y encantos, se detenían con cierto terror en aquel ángulo sombrío y misterioso del divino paisaje de una noche de Tinnevely.

Apartaba Gabriel sus ojos de tan espantosa perspectiva, acusando en sus adentros á la naturaleza que mezcla siempre un punto negro á su azul mas brillante, complaciéndose en la imperfección cuando tan fácil le sería el conservarse perfecta; y luego se torcía fácilmente hacia el oscuro y tenebroso ángulo con ese de-

pravado instinto que atrae al hombre á todo lo que le lastima, separándole de lo que le sonríe. A fuerza de sondear aquellos abismos, se figuró descubrir algunos movimientos de hojas no escitados por los brutales impulsos de las bestias, sino que revelaban la serena precaución de un ser inteligente. Acompañó al crugido de las hojas un rumor sordo del agua, se destacó del tenebroso límite una cabeza humana que lució en el fondo azul de luces y de estrellas. Gabriel retuvo sus alientos, y con la inmovilidad de una estatua observó fijamente aquella extraordinaria aparición.

A favor del indeterminado tamaño que presta la noche á los objetos, la cabeza que se levantó de entre las oscuras ramas pareció enorme á Gabriel, y por un momento imaginó que pertenecía á un elefante, calmándose con esta idea su espíritu, que el temor de un peligro vago preocupaba. ¡De todos los animales que esconden bajo el tupido velo de la noche la ejecución de un pensamiento, el hombre es el mas temible! Habiendo, pues, Gabriel admitido que fuese un elefante, se retiraba de la ventana para restituirse á su alcoba, cuando oyó distintamente una voz humana que salía de la monstruosa cabeza, y que, aunque baja se oía clara y terrible al través de aquella trasparente atmósfera, capaz de vibrar con el menor quejido del insecto lanzado á la sombra de una inmensa cúpula de cristal.

En seguida vió Gabriel, en el pequeño golfo de las arboledas tenebrosas, enturbiarse las aguas, perder sus lúcidas tintas y erizarse de diminutas y casi imperceptibles matas, como si ágiles y vigorosos cuerpos las atravesasen á nado para llegar á una oculta orilla. Las sombrías ramas que la aparición había agitado en el borde del lago, tornaron nuevamente á su inmovilidad de baluarte de ébano. Alguna cosa misteriosa y terrible acababa de pasar allí; pero, nadie alcanzaba á comprenderla: habíase sumergido el secreto en los abismos del lago y de la noche! Gabriel no pudo apartar sus ojos de aquel punto. Apostóse, cual una vigilante centinela, para guardar el sueño de Heva, y con esta imaginación se sintió palpar de alegría. Bajó entre dos albas á la azotea, y como saliesen ya los jardineros del cortijo con sus aperos de labranza al hombre, se acercó al primero, preguntándole, despues de otras cosas insignificantes, por los elefantes mansos que había visto en otro tiempo á orillas del lago. El jardinero le contestó que la viuda de Munusamy los había regalado al gobernador, y que este los tenía en el jardín zoológico de Madrás.

La noche y el Tinnevely guardaron su misterio. Gabriel observó de cerca las espesuras de hojas por entre las cuales había asomado la cabeza, y encontró muchas matas rotas á la altura de un hombre y anchas huellas en los céspedes de aquellos contornos. Al principio pensó descubrirlo todo á Talaipéri y á Heva, con el objeto de atraer su vigilancia á aquel ángulo de tinieblas y emboscadas; pero, receloso de que la linda viuda se trasladase á Madrás en cuanto se persuadiera de que el campo no la ofrecía seguridad por las noches, cambió de parecer, resolviéndose ó velar, en medio de la oscuridad, armado y pronto á arrojarle al lago á la menor señal de peligro, seguido de los sirvientes. Esta idea le sugería otra: volvió á su aposento, abrió la carta de Klerbbs, y añadió esta segunda *posdata*:

«Mi querido Klerbbs, olvidad todo lo anterior y pensad solo en estas últimas palabras:—VENID, NO DE PASEO, SINO VOLANDO. NECESITO DE VUESTRA AMISTAD.»

Entregó su carta á *telinga*; y demasiado conmovido con las escenas nocturnas para pensar en el reposo, aguardó bajo la columnata del *Chattiram*, abierta á los rosados rayos de la aurora, á que Heva se despertase.

CAPITULO VII.

UNA VIUDA DE LA INDIA.

Fingido ó verdadero, el dolor que lleva tras sí la viudez mengua notablemente cada día; decrecimiento que se manifiesta en lo moral con una que otra sonrisa y en lo físico con lazos de cintas de color modesto. Llega por fin el día en que algun chiste se desliza delante de la viuda, y en el momento esta, aunque violentándose, suspende el curso á sus tristezas, y la primera sonrisa de ensayo retoza, en su lúgubre rostro. Desde entonces estalla la revolución; que solo este primer esfuerzo cuesta; y en adelante se comisiona al vestido para que continúe el duelo.

En la India, sobre todo, es tal la alegría de las viudas por no tener que subir ya á la pira de sus maridos, merced á la conquista europea, que, escepto en lo tocante á epitafios, necesariamente deben consolarse mas pronto que en ninguna otra parte. No nos causará, pues, admiración el que encontremos á la hermosa viuda de Tinnevely bastante consolada, algunos días despues de su retorno á la habitación del lago. Decíase que amaba mucho á su marido, y así acontecería tal vez; sin embargo, se amaba mas á sí misma, y una linda muger, por grande que sea su pesar, teme siempre que un dolor demasiado la envejezca antes de tiempo y robe el lustre á su tez. No reprime su agonía por indiferencia hacia el difunto, sino por un cariño barto natural á su hermosura, y es de creer, en esta virtud, que Heva amase á su esposo. Había Gabriel organizado con suma habilidad su plan de ataque, en uno de esos momentos lúcidos en que la pasión sabe raciocinar. El no era hombre capaz de arriesgar en los primeros días una declaración, que quizá fuese considerada como un insulto al vestido de duelo; porque si estaba en lo posible tropezar con Dido, también lo estaba el tropezar con Andromaca. Propúsose antes de nada estudiar el

carácter de Heva, dado que tuviere un carácter, cosa rara en una mujer hermosa, opulenta, fastidiada, aturrida y embriagada por un eterno himno de adoraciones. Quería, además demostrarle que había llegado por grados al punto culminante de la pasión, y que la suya no era un amor estudiantil nacido con el simple aspecto de la única mujer que el desierto le había deparado y olvidado luego a la primera distracción. Su sábia táctica consistía en no ver a Heva sino en las horas de costumbre, evitándola sin afectación, encontrándose con ella como por casualidad y hablándole con aquel nuevo humor dulce y franco que induce a procurarse la compañía de un hombre sin los temores de topar con un pretendiente.

Como no volvió a renovarse la terrible y misteriosa escena que había Gabriel presenciado la noche del día en que Heva llegó, persuadióse nuestro joven que había sido juguete de alguna visión y se adormió su vigilancia.

Bajó una mañana Heva a almorzar, no ya vestida de luto, si bien todavía despojada de los adornos de tocador. Aquel día recibió algunas visitas de sus antiguos adoradores europeos, ordinarios convidados de los festines de Tinnevely. Los acogió afectuosamente y les dio a entender que podían volver a sus anteriores hábitos de comensales y de amigos. Con todo, su número no era

tan grande como cuando vivía el nabab; que creyéndose los mas de ellos comprometidos, al menos por su inocente cobardía, en el asunto de la cacería de tigres, no se atrevían a pisar de nuevo las posesiones de Munusamy. Poco temible era esta pleyada de rivales holgazanes para Gabriel, y no obstante los vió aparecer con cierto disgusto, pues traían en pos considerable dosis de fastidio y empañaban el salón y el paisaje, atravesando como una espesa nube por la azulada atmósfera en que Heva resplandecía.

Felizmente Klerbbs vino a reanimar aquella escena. Era medio día y estaban comiendo los convidados, cuchicheaban; Gabriel hablaba con Talaíperi acerca de las ventajas de la corta de arces en la luna de junio, y Heva lo hacía con su cotorra sobre negocios de mas monta. De improviso se oyó el galope de un caballo en la calle de árboles y la sombra de un jinete pasó con la ligereza del viento por la azotea de la quinta.

—Es sir Eduardo Klerbbs, exclamó la hermosa viuda. Y cuando todos los convidados se levantaban para recibirle, entró nuestro joven con el látigo en una mano y una cajita de anacardo en la otra.

Percibióse que comprimió un movimiento de sorpresa al ver a Heva adornada de la mas encantadora sonrisa y de un traje de inconsolable colorido. Besó respetuosamente la mano de la joven viuda, aceptando

de corazón el sitio con que le brindó a su lado. No aceptaba Gabriel a espiarse cierto dolor frío que sintió en el pecho y el repentino calor que le torcía los músculos de la garganta; con gusto lo hubiera atribuido al retorno de su amigo; pero era sobrado punzante aquel sacudimiento, para interpretarlo de un modo consolador.

Venia Klerbbs de Madrás hecho un perfecto dandy. Escusóse graciosamente de su presentación en traje de camino y ofreció que volvería a tomar el uniforme de los aldeanos indios antes que anocheciera.

—Si, señora, dijo en respuesta a la primera pregunta de Heva; delicioso ha sido mi viaje; la llegada sobre todo. No se sale nunca de en punto sino para disfrutar luego de los placeres de la vuelta.

—¿Y dónde habeis dejado la ciencia, sir Eduardo Klerbbs? Repuso Heva sonriéndose y acercando su lindísimo dedo al pico de la cotorra.

—Caminando a las mil maravillas, señora; pues he descubierto que en diez horas se puede ir de Pondicherry a Madrás.

—¿Con un buen caballo?

—Con uno malo... en esto consiste lo peregrino de descubrimiento.

(Se continuará.)

INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE ARANJUEZ.

El domingo 9 del corriente entre once y doce de la mañana, en medio de un inmenso gentío, visiblemente animado del mayor entusiasmo, se verificó al fin esta solemnidad, que con tanta ansia aguardaba el público de Madrid.

A las diez de la mañana, una numerosa concurrencia, donde se contaba todo cuanto Madrid encierra de notable y conocido, llenaba todas las avenidas interiores y exteriores del embarcadero, en el cual se permitía la entrada para presenciar la inauguración por medio de papeletas.

El embarcadero es un gran edificio de planta baja é inmensos salones, hecho de madera y hierro, donde el público espera la salida del tren, y en el cual entra el mismo ferro-carril por debajo de dos galerías cubiertas y los viajeros suben a los carruajes desde dos andenes laterales que suben al nivel de los coches del tren.

A las once llegaron SS. MM. al embarcadero, y fueron recibidos en un salón dispuesto para este efecto por el señor don José de Salamanca, y la junta superior

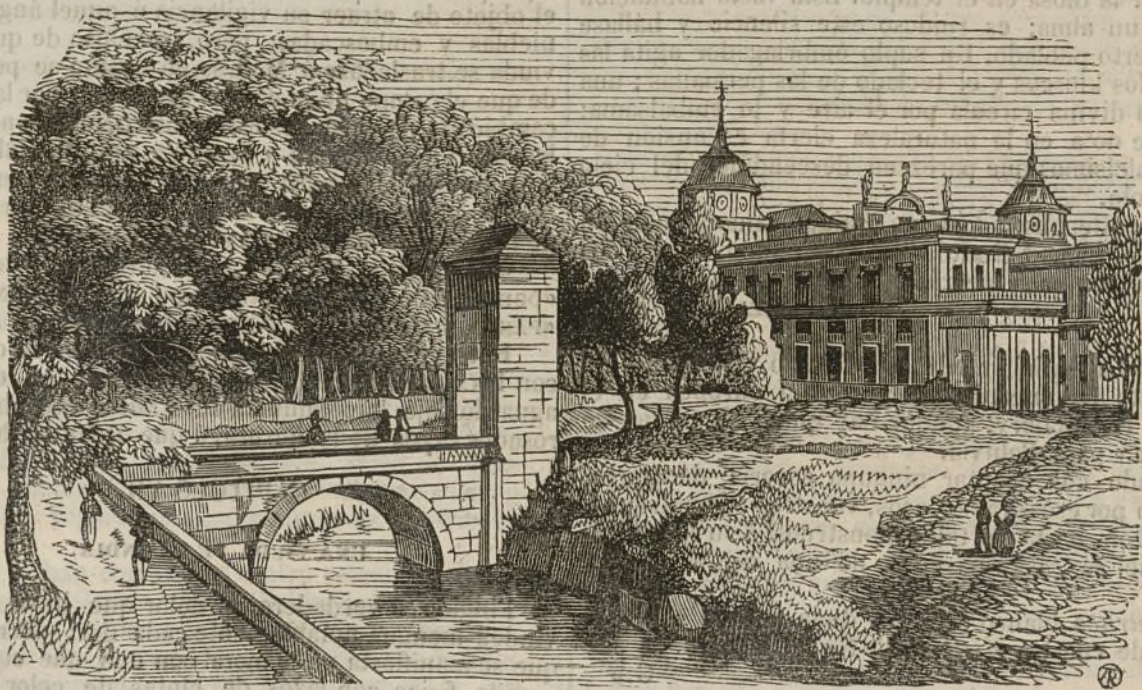
de SS. MM., llevaba en el primero a los accionistas, en el segundo la servidumbre de SS. MM., en el tercero, los ministros, las mesas de los cuerpos colegisladores, el capitán general y gobernador militar, el jefe político y el corregidor de Madrid; en el cuarto a SS. MM. la reina, el rey, la reina madre, infante don Francisco de Paula y su familia; y en la salita de descanso del mismo, parte de la servidumbre. En el quinto iba el cuerpo diplomático nacional y extranjero. En los últimos iban tambien los accionistas.

Media hora despues salió el segundo convoy, que llevaba a todos los señores senadores y diputados.

Otra media hora despues salió el tercero, llevando el resto de los convidados.

Una hora tardó el convoy real en llegar a Aranjuez. SS. MM. se apearon en los mismos umbrales de su palacio por haberse prolongado con este intento la via del ferro-carril hasta las puertas de la mansion régia.

En ella permanecieron SS. MM. y AA., y a las dos tuvieron un banquete, al que tuvieron la honra de asistir los señores ministros, el señor arzobispo de Toledo, el presidente de las cortes, el capitán general y los gefes de palacio.



Real palacio de Aranjuez, visto desde el jardín de la Isla.

de la empresa del ferro-carril, dirigiendo el señor Salamanca a S. M. la reina unas sentidas palabras sobre el acto que iba a verificarse, a las que contestó S. M. con suma amabilidad, manifestando el interés que tomaba por tan patriótica empresa.

A este solemne acto estaban convidadas además de SS. MM., con su real familia y gefes de palacio, los señores ministros, senadores, diputados, alto clero, magistrados de los tribunales supremos, consejo real; grandeza, autoridades civiles y militares, diputación provincial, ayuntamiento, escuela de caminos y de minas.

Toda esta lindísima y numerosa concurrencia, compuesta de ochocientas a mil personas, con mas de otras tantas que en el embarcadero presenciaban la inauguración, y sin contar el inmenso gentío que poblaba las avenidas y cerros inmediatos, asistió al solemne acto de la bendición de los carruajes y del camino. Consistía este en desfilarse por delante del altar las locomotoras; y así una a una recibieron todas la bendición, y luego el ferro-carril mismo, de la mano del eminentísimo cardenal de la iglesia romana, arzobispo de Toledo, el señor Bonet y Orbe.

A las doce en punto salió para Aranjuez el convoy real, tirado por la locomotora Isabel II, toda engalanada de guirnaldas que empañaba el vapor. El convoy real, compuesto de siete carruajes, cuyo centro ocupaba el

Entre tanto el resto de los convidados, en número, como hemos dicho, de cerca de mil personas, recibían del señor Salamanca el obsequio de un espléndido buffet, en que se sirvieron delicadísimos manjares, y se vaciaron centenares de botellas de excelentes vinos. Hemos oído calcular el gasto de este buffet en ocho mil duros, lo que basta para dar una idea de la esplendidez y generosidad del señor Salamanca.

A las cinco y media de la tarde subieron otra vez SS. MM. al wagon real, y anocheciendo en el camino, se reemplazó bien pronto la luz del día, con una porción de hachones de viento que levantaban a uno y otro lado del ferro-carril, soldados dispuestos de antemano con este objeto.

S. M. manifestó en la estación de Pinto su deseo de ver pasar a gran velocidad el convoy que venía detrás, y deteniéndose el primero en el apartadero de Pinto, se vió pasar el segundo con la presteza de un relámpago.

A causa de esta detención, el régio convoy no llegó al embarcadero hasta las siete y media en punto, a cuya hora, lo mismo que a la de su llegada a las once de la mañana, fué saludada con vitores, músicas y salvas de artillería.

A.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 17 DE FEBRERO. Año de 1809. Accion de Igualda.—1837. Accion de Buñol.

Dia 18.—1809. Ataque de Mora, por los españoles mandados por el duque de Alburquerque, contra el general Dizon.—1838. Accion de Yébenes.

Dia 19.—1838. Accion de Villaso.—1840. Accion de Losilla.

Dia 20.—1810. Batalla de Vich ganada por el ejército de la derecha.

Dia 21.—1813. Rendición de la inmortal Zaragoza al mariscal Lannes, despues de haber perecido 33,837 personas entre la peste y el fuego.

Dia 22.—1848. El general Claveria, capitán general de Filipinas, obtiene una completa victoria sobre los piratas moros que se abrigan en la isla de Balanquiqui.

Dia 23.—1836. Defensa de los Barrios.—1840. Accion y toma del castillo de Segura.

Suele ser ocasion de vencer grandes dificultades cuando el cuerpo se acostumbra a trabajos desde la mocedad.

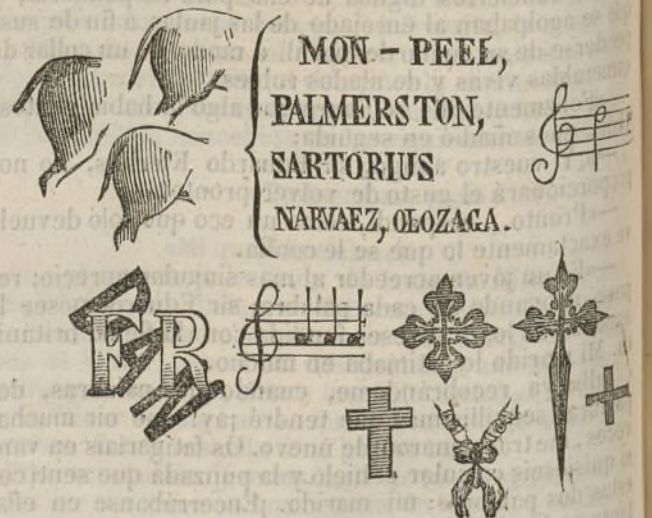
Mariana.

Suele castigar muchas veces Dios con nuevo y mayor error el desprecio de la luz y de la verdad, y vengarse un yerro con otro mayor.

Idem.

De ánimo cobarde y sin brio es llorar las desgracias y miserias.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.